



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Aguirre Rojas, Carlos Antonio

Planeta Tierra : los movimientos antisistémicos hoy



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Aguirre Rojas, C.A. (2009). *Planeta Tierra: los movimientos antisistémicos hoy*. *Revista de ciencias sociales*, 1(16), 53-83. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1214>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Planeta Tierra: los movimientos antisistémicos hoy*

“Ciudadano del mundo, el Che nos recuerda lo que ya sabíamos desde Espartaco y que a veces olvidamos: la humanidad encuentra en la lucha contra la injusticia un escalón que la eleva, que la hace mejor, que la convierte en más humana”.

SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS, discurso de Inauguración de la Reunión Preparatoria Americana del Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, 6 de abril de 1996.

Sobre las distintas formas y expresiones de la protesta social

La protesta social y la lucha de los oprimidos en contra de la explotación, la humillación, las vejaciones, la discriminación, el despotismo y el sometimiento en todas sus formas, es tan vieja como vieja es también la existencia de sociedades divididas en clases sociales. Pues frente al dominio y el sojuzgamiento que implica cualquier tipo de jerarquía y de desigualdad social, se ha desarrollado igualmente, de una manera inmediata y necesaria, la paralela y persistente insubordinación y rebelión de los diversos sectores, clases y grupos sometidos a dicha dominación y avasallamiento. Con lo cual, la historia de la humanidad, desde muy remotos tiempos aunque *no* desde sus orígenes, y hasta la situación actual, ha sido no solamente la historia de la lucha entre las clases sociales, sino también y concomitantemente la historia de esas diferentes formas y figuras diversas de esa misma protesta social. Ya que a partir de la compleja y variada disolución de las formas comunitarias de la organización social, disolución que camina por distintas

* Este texto recoge, bajo una forma más sistemática, algunas de las ideas expuestas en la sesión inaugural del Coloquio Internacional “Planeta Tierra: Movimientos Antisistémicos”, celebrado en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, entre el 13 y el 17 de diciembre de 2007. Esta sesión inaugural, en la que también participaron Immanuel Wallerstein y el Subcomandante Insurgente Marcos, se desarrolló el 13 de diciembre de 2007. A los argumentos allí vertidos, hemos agregado en esta versión, además de los pequeños cambios de forma y las notas de pie de página, también las reflexiones iniciales contenidas en nuestro primer punto.

vías y que hace nacer a las diferentes sociedades divididas en clases sociales, comienza a desplegarse también, junto a la naciente lucha de clases, el igualmente diversificado abanico de esas formas de la rebelión y la protesta social.¹

Protesta social milenaria y constante, que siendo una de las claras *estructuras de larga duración* de la historia humana es también uno de los espacios importantes de la inagotable y siempre renovada y floreciente creatividad social de las clases populares, creatividad que tenaz e infatigable encuentra en cada nueva circunstancia y en cada momento nuevo, las múltiples y complejas vías de su también multiforme expresión. Pues frente al avasallante poder de las clases y grupos dominantes, poder que se afirma lo mismo como riqueza, como jerarquía social, o como Estado, que bajo las formas de la supuesta superioridad intelectual, o social, o étnica, o de género, o de estatus, entre otras varias, esa creatividad popular ha debido también prodigarse y multiplicarse bajo mil formas, descubriendo e inventando todo el tiempo los modos de burlar a esas distintas figuras del poder, los resquicios y espacios de afirmación de su propia libertad, las maneras diferentes de escapar a las normas y controles impuestos desde arriba, pero también y en otras circunstancias, los momentos adecuados para retar abiertamente a esos poderes, para ponerlos en crisis y deslegitimarlos, e incluso, a veces, para invertir radicalmente la situación, destruyendo a esos poderes e intentando poner todo el mundo “de cabeza”.

¹ En nuestra opinión, es a esta idea, entre otras, a las que aluden Marx y Engels en su conocido y muchas veces malinterpretado comienzo de su célebre texto *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras escogidas*, t. 1, Moscú, Ed. Progreso, s/f. Sobre este complejo proceso de disolución de la comunidad y las múltiples vías de gestación de las sociedades de clases, siempre es útil volver a releer el fragmento de los *Grundrisse* de Marx, sobre las “Formaciones económicas precapitalistas”, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, t. 1, México, Siglo XXI editores, 1971. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La comuna rural de tipo germánico”, *Boletín de Antropología Americana*, N° 17, México, 1988.

Pues desde el osado grito de Espartaco y de la rebelión de los esclavos, que amenazaba a los opresores romanos profetizando con su “¡Volveré y seré millones!”, hasta el digno “¡Ya basta!” de los indígenas neozapatistas mexicanos, lo que se despliega es una larga y heroica cadena de luchas, protestas y reclamos sociales enarbolados por las clases y sectores subalternos de las distintas sociedades y pueblos de todo el planeta. Cadena larga y diversa que, por mil vías diferentes y con mil ropajes distintos, da vida y contenido a ese siempre legítimo y todavía vivo sentimiento de sublevación frente a la injusticia y la explotación aún reinantes.

Larga cadena de luchas, motines, rebeliones, insurrecciones y revoluciones de las clases populares y subalternas de la sociedad, que abarcan desde gestos *individuales* de descontento e insubordinación, hasta formas *colectivas* y masivas de la protesta social, y son a veces expresiones *subterráneas* y encubiertas, y a veces *públicas* y abiertas. Formas múltiples del descontento social, que en ocasiones serán solo *efímeras* y fugaces, y en otras *sostenidas* y desarrolladas por años y hasta lustros y décadas, como formas más permanentes de la lucha social, la que también podrá ser o *espontánea* e *inmediata*, o en otro caso *planificada*, organizada y conscientemen-

te programada. Luchas de distinta magnitud, carácter, duración y estructuración, que algunas veces se limitan a expresar la lógica respuesta de inconformidad frente al agravio, el gesto despótico, el acto de la explotación, o la actitud discriminatoria, pero sin trascender el horizonte del sistema social entonces imperante, y en otras veces, en cambio, van más allá de este horizonte *intrasistémico*, para plantearse expectativas, objetivos y lógicas realmente *antisistémicos* y mucho más profundamente revolucionarios.²

Enorme diversidad y pluralidad de las formas y manifestaciones de esta protesta social milenaria y ubicua, que nos muestra entonces la también inmensa dificultad para caracterizar y definir con más precisión a cualquiera de estas figuras de la rebelión social, la que no solo se despliega a lo largo de los siglos, cubriendo varias etapas de la evolución histórica de las sociedades humanas, sino que también se afirma a todo lo largo y ancho de nuestro entero planeta Tierra, abarcando con amplitud los pueblos, las sociedades y las civilizaciones más diversas.

Lo que se complejiza todavía más cuando observamos a estas figuras de la rebelión social de manera *dinámica*, introduciéndonos a la gran pregunta de cuáles son las razones y las dialécticas concretas que nos llevan desde el gesto rebelde individual o de un pequeño grupo, que se afirma al inicio solo como una forma de resistencia pasiva o como un modo encubierto y subterráneo de insubordinación, hacia el pequeño motín que se transforma en una primera forma abierta del descontento, aun de un pequeño colectivo, para entonces comenzar a crecer y crecer, convirtiéndose primero en un movimiento más vasto que se multiplica y que diversifica sus formas de lucha y de manifestación, para ser capaz de generar, más adelante, una rebelión de alcances generales, que lucha, retrocede, avanza y retoma su impulso para alcanzar una escala regional o a veces incluso nacional. Y todo esto, como antesala de una insurrección abierta, pacífica o no, que se confronta ya radical y explícitamente con los poderes dominantes, y que afirma claramente objetivos antisistémicos, para culminar en una revolución total del antiguo “orden de las cosas”.

Dinámica compleja de la insubordinación social, que crece y madura lenta pero sostenidamente, y que nos remite siempre para su más adecuada explicación al específico “estado de ánimo” de los oprimidos en cada circunstancia y momento históricos, al grado de desarrollo de su descontento y de su conciencia, al punto de concreción y también de maduración de la lucha de clases y del conflicto social en general, así como a las experiencias y herencias previas de esos mismos oprimidos y explotados de la historia. En síntesis, a todo el abanico de factores complejos que Edward P.

² Para constatar esta inmensa diversidad de formas de expresión de la protesta social, así como sus distintos grados de maduración, vale la pena revisar el muy interesante y agudo trabajo de Ranajit Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Durham, Duke University Press, 1999, obra que inexplicablemente no ha sido aún traducida al español. Complementariamente, véase también, del mismo Ranajit Guha, *Dominance without Hegemony. History and Power in Colonial India*, Harvard, Harvard University Press, 1997.

² La obra de E. P. Thompson resulta especialmente interesante en esta lógica de rescatar esas curvas evolutivas de la protesta social, desde sus manifestaciones más primarias y elementales hasta sus formas más abiertas y contundentes. Al respecto, véanse sus libros: *Costumbres en común* (el que contiene su esencial ensayo sobre “La economía moral de la multitud”, y su complemento “La economía moral de la multitud revisitada”), Barcelona, Ed. Grijalbo, 1995; *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1979, y su clásico *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Barcelona, Ed. Grijalbo, 1989. Sobre el concepto de “economía moral de la multitud” véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Antimanual del mal historiador*, 8ª ed., México, Ed. Contrahistorias, 2005.

³ Pensamos que ese ha sido el caso, por ejemplo, del monumental fraude electoral que padeció México en julio de 2006, y que generó una vasta *movilización social*, la que sin embargo fue frenada y poco a poco decepcionada por el propio Andrés Manuel López Obrador, con sus tibias y contradictoria medidas de respuesta a ese fraude. Y es claro que, hasta hoy, esa movilización social aún no logra convertirse en un verdadero *movimiento social*. Sobre esta movilización de 2006 en México, y sobre el contexto en que se ha desarrollado, véanse los ensayos “La crisis poselectoral mexicana y La Otra Campaña” y “México en el 2007, el camino más rápido hacia el 2010”, ambos incluidos en Carlos Aguirre Rojas, *Chiapas, planeta Tierra*, Bogotá, Ed. Desde Abajo, 2007.

Thompson resumió en su concepto de la “economía moral de la multitud”.²

Complejidad de estas dinámicas generales de esa economía moral de las clases explotadas y subalternas de la sociedad, que no es para nada lineal ni de un solo sentido, sino por el contrario, es múltiple, diversa, polivalente y multidireccional. Pues es claro que lo que nos muestra la milenaria y secular historia de las luchas sociales de los subalternos, es la figura de un complicado árbol de muchas ramas, en donde algunas de ellas han quedado truncadas por una brutal represión de las clases dominantes, y otras se han bifurcado varias veces, para generar intentos diferentes de oposición y de rebeldía frente a esa misma dominación, prolongándose en ocasiones como sólidos esfuerzos que mantienen y continúan cierta dirección global, y en otras como recurrentes saltos y cambios de dirección, que buscan el mejor camino, y que avanzando y retrocediendo alternativamente dan también expresión a esa persistente e inagotable resistencia social de los de abajo.

Lo que explica que, en esta historia de las protestas sociales, hayamos visto movimientos sociales que nacen como movimientos no antisistémicos, pero que, en virtud de su propia experiencia y maduración, terminan por transformarse y convertirse en sólidos movimientos realmente antisistémicos. Y a la inversa. Pues es también un caso real el de movimientos genuinamente antisistémicos que, por ejemplo, una vez alcanzado y conquistado el poder del Estado, han mutado radicalmente para convertirse en movimientos simplemente intrasistémicos y hasta defensores del ligeramente modificado *status quo*. Lo que naturalmente implica que puedan existir también movimientos que, en alguna fase de su desarrollo o maduración, combinen a un mismo tiempo ciertos gestos y posturas antisistémicas, con otras más limitadas y acotadamente intrasistémicas.

Lo que nos muestra que cada movimiento o forma de la protesta y de la lucha social debe siempre ser estudiado en su particular contexto, en su especificidad histórica singular, en su línea evolutiva concreta, y en sus circunstancias y curvas de desarrollo determinadas. Lo que entonces nos permitirá distinguir claramente, por ejemplo, una *movilización social* de un verdadero *movimiento social*. Pues aunque la primera pueda ser muy vasta y hasta masiva, y muy impactante desde el punto de vista de sus efectos sociales inmediatos, no deja de ser una manifestación más bien efímera, pasajera y constituida en torno de un objetivo puntual e igualmente acotado. Por ejemplo, como en el caso de una vasta movilización en contra de un acto claramente arbitrario de parte del poder presidencial o como en el caso de un clamoroso y escandaloso fraude electoral.³

Movilización social que puede ser de grandes dimensiones, pero que se distingue claramente de un verdadero movimiento social, el que es algo permanente, organizado, que trabaja de manera constante y planificada, y que se plantea explícitamente objetivos no solo inmediatos, sino también de mediano y hasta de largo plazo. Y si bien un movimiento social puede gestarse en su origen a partir de una movilización social, también es claro que se trata de dos expresiones distintas de la misma y subyacente inconformidad social de las clases y sectores subalternos de la sociedad.

Movimiento social, distinto de la movilización social, que a su vez puede adquirir muy diferentes figuras y variantes de su propia concreción. Porque el carácter, el sentido, los límites y las posibilidades que definen a un movimiento social cualquiera dependen, como es lógico, de las clases, los sectores, los grupos y los actores sociales que sostienen y dan cuerpo concreto a dicho movimiento social. Con lo cual, será muy distinto un movimiento estudiantil de un movimiento campesino o de un movimiento obrero, lo mismo que diferirá un movimiento urbano popular de un movimiento indígena o de un movimiento étnico en general. Ya que no es igual la dinámica de un actor social transclasista que la de otro claramente clasista, como no es tampoco igual la postura de un sector de la clase media o de las clases dominantes, que la posición de las clases populares en general.

Pero dado que todo actor, o grupo, o clase social puede constituir entonces un movimiento social que lo exprese, entonces es importante diferenciar a los movimientos sociales en general, de los movimientos sociales *populares*, es decir de aquellos que involucran directamente y expresan a los sectores y clases populares de la sociedad. Pues, en el extremo, ha habido y sigue habiendo movimientos sociales de las clases dominantes, por ejemplo de las oligarquías terratenientes de América Latina, que se han resistido y resisten a ser expropiadas, aun cuando la inmensa tierra que poseen se mantiene ociosa e improductiva, al lado de miles y miles de campesinos pobres y totalmente desposeídos de tierra alguna.⁴

Y si no es lo mismo movimiento social que movimiento social popular, también es importante aclarar que un mismo actor social, por ejemplo el sector estudiantil, puede tener, en distintos momentos del desarrollo histórico, o en diferentes espacios del planeta, distintas configuraciones propias. Y con ellas, también diversas formas de constituirse como movimiento social. Pues mientras que hasta la Segunda Guerra Mundial, el sector estudiantil en el mundo entero era un sector *minoritario* socialmente, y en general proveniente de las clases dominantes, a partir de 1968 y hasta hoy se ha convertido, en muchos países, en un sector plural y ampliamente

⁴ Este es el caso, en nuestra opinión, de uno de los procesos que hoy vive agudamente Bolivia y el gobierno de Evo Morales. Pues a pesar del carácter tibio y limitado de las medidas del gobierno socialdemócrata de Morales, se han organizado en su contra las oligarquías terratenientes de las provincias del sur boliviano, en un movimiento social retardatario de las clases dominantes de esa nación sudamericana. Sobre el contexto que precedió a la instauración de este gobierno de Evo Morales, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Bolivia rebelde: las lecciones de mayo y junio de 2005 en perspectiva histórica", *Contrahistorias*, N° 5, México, 2005. También, y para una caracterización más amplia del gobierno de Evo Morales, como parte de una tendencia más global de América Latina, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América Latina en la encrucijada*, 4ª ed., Contrahistorias, 2007.

popular. Lo que implica que a veces el movimiento estudiantil haya sido solamente un movimiento social, quizá con un gran impacto social e intelectual, pero solo un movimiento social *no* popular, para más recientemente convertirse en un verdadero movimiento social de carácter también popular.

Aunque teniendo claro que hay movimientos sociales populares que son progresistas pero todavía intrasistémicos, y otros que, mucho más radicales y avanzados, son genuinamente antisistémicos. Porque como ya lo hemos mencionado, la legítima protesta social puede expresarse a veces en fuertes reclamos y denuncias en contra de la injusticia, la opresión, la humillación y la explotación, pero todavía sin ubicar la raíz de todos estos males en la naturaleza misma del sistema social imperante, y sin trascender el horizonte de sus propios límites y de su caducidad histórica, mientras que en otras ocasiones puede afirmarse ya conscientemente como una lucha que persigue destruir radicalmente a ese sistema social aún vigente, para sustituirlo por otro sistema social alternativo y completamente diferente.

Pensar entonces a los movimientos antisistémicos en este año de 2008 no es posible, en nuestra opinión, sin asumir estas hondas raíces de larga duración de la milenaria protesta social, la que ha encontrado en estos mismos movimientos una de sus más recientes expresiones. Como no es posible tampoco entender adecuadamente a esos mismos movimientos antisistémicos actuales sin comprender tanto la compleja diversidad de las figuras de dicha protesta social, como las múltiples dinámicas de su evolución, junto a las variadas formas de su multifacética expresión, y a las también diferentes formas de su específica y singular concreción.

Pensar los movimientos antisistémicos hoy

Asumiendo entonces estas vastas perspectivas, como necesario trasfondo de nuestro problema, queremos concentrarnos en este ensayo en el problema de cuáles son algunos de los rasgos *originales* y más *característicos* que presentan hoy los distintos movimientos antisistémicos de nuestro cada vez más pequeño planeta Tierra. Rasgos singulares de los movimientos antisistémicos contemporáneos, que empezaron a definirse, lentamente pero de modo muy evidente, a partir de esa enorme fractura histórica que ha representado la revolución cultural mundial de 1968. Pues es claro que precisamente es a partir de esa simbólica fecha de finales de la década de los sesenta del siglo XX cronológico, que comienzan a decaer y colapsarse los viejos movimientos antisistémicos, que tuvieron vi-

gencia durante más de cien años y aproximadamente entre 1848 y 1968, al mismo tiempo en que nacen y comienzan a afirmarse lentamente esos nuevos movimientos antisistémicos que todavía hoy pueblan el panorama general de las luchas anticapitalistas en todo el planeta.⁵

Caracterización adecuada de estos movimientos antisistémicos actuales, que siendo un tema inmenso y de múltiples aristas, puede ser abordado y desarrollado desde muy distintas perspectivas. Diferentes aproximaciones posibles a este complejo y amplio problema, que nosotros intentaremos concretar solamente en tres direcciones básicas, las que no obstante, consideramos como centrales para dicha adecuada caracterización. Primero, en torno a la importante pregunta de en qué consiste la *novedad específica* de estos nuevos movimientos antisistémicos, novedad que como ya hemos referido alude al hecho de que esos *nuevos* movimientos antisistémicos mencionados son precisamente los movimientos que comenzaron a gestarse lentamente, en México, en América Latina y en todo el mundo, después de ese “acontecimiento-ruptura” que fue la revolución cultural planetaria de 1968. Lo que entonces nos lleva obligadamente a la comparación de la historia y de la naturaleza de esos movimientos antisistémicos, de un lado en la etapa anterior a 1968, y del otro en los años posteriores a esa misma fecha.

En segundo lugar, es importante explorar la cuestión del carácter que hoy tienen y del papel singular que hoy juegan, en particular, los movimientos antisistémicos de nuestra América Latina, los que hoy constituyen claramente el *frente de vanguardia mundial* de los movimientos antisistémicos de todo el planeta. Rol de frente de vanguardia de América Latina dentro de esta vasta y compleja familia de los movimientos antisistémicos actuales de todo el planeta, que necesita ser explicada y reflexionada de una manera mucho más detenida y sistemática de lo que lo ha sido hasta ahora. Reflexión mayor, que no solo nos conduce a preguntarnos acerca de los motivos, inmediatos, pero también coyunturales o de mediano alcance, e incluso más allá, igualmente de larga duración de este singular *protagonismo* reciente de América Latina para las luchas antisistémicas de todo el planeta, sino también a interrogarnos respecto de las lecciones principales que esos movimientos antisistémicos latinoamericanos están ahora mismo produciendo, para todo el conjunto de estos combates anticapitalistas de las restantes regiones del globo terráqueo.

Y por último, y en tercer lugar, el también esencial problema de cuáles son las razones profundas e históricas, y los motivos complejos y diversos de muchos órdenes, que nos explican los enormes y sostenidos impactos *mundiales* del neozapatismo mexicano,

⁵ Para intentar entonces esta caracterización de dichos movimientos antisistémicos contemporáneos, tratamos de apoyarnos, entre otras fuentes, tanto en las lecciones importantes contenidas en varios de los textos de Immanuel Wallerstein, que iremos refiriendo a largo de este ensayo, como también en las importantes enseñanzas generales que ahora mismo nos está dando el digno movimiento indígena neozapatista mexicano. Lecciones fundamentales y diversas, sobre las cuales puede verse Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, 2ª ed., México, Ed. Contrahistorias, 2008.

junto al análisis y reflexión meditada de las profundas y también fundamentales *lecciones universales* que ha ido aportando este digno movimiento indígena neozapatista mexicano a lo largo de sus ya casi quince años de vida pública. Lecciones universales que han constituido un referente central para todos los movimientos antisistémicos del mundo en estos tres lustros referidos, y que hoy se prolongan y continúan en el interesante esfuerzo de generar, también desde la experiencia neozapatista, pero mucho más allá de ella misma, al también importante movimiento nacional mexicano de “La Otra Campaña”. Tres direcciones básicas de ese problema global de lo que son los movimientos antisistémicos, que vale la pena analizar con más detalle ahora.

Entonces, cuando hablamos de la historia de los movimientos antisistémicos dentro de la etapa de la historia capitalista, podemos remontar sus principales orígenes al momento histórico también decisivo representado por la emergencia de la Revolución Francesa de 1789.⁶ Pues es claro que estos movimientos antisistémicos entonces nacientes mantuvieron una serie de trazos característicos y de rasgos fundamentales desde esos lejanos tiempos de 1789, y más claramente desde las revoluciones europeas de 1848, hasta ese año emblemático de 1968. De modo que si 1968 representa una evidente *ruptura de larga duración* de muchas de las estructuras culturales, y económicas, y sociales, y políticas del capitalismo, cumple la misma función también en lo que respecta a la historia de la estructura y configuración de estos movimientos antisistémicos de todo el planeta. Pues es claro que los movimientos antisistémicos post 68 tienen un carácter radicalmente distinto de los movimientos antisistémicos pre 68.

¿En qué consiste entonces la novedad de estos movimientos anticapitalistas posteriores a esa revolución de 1968? Sin pretender agotar este tema, que posee igualmente alcances muy amplios, podemos señalar, a modo de pistas iniciales, solo algunos pocos de estos rasgos nuevos y fundamentales de estos movimientos, rasgos que no solo los hacen diferentes de los movimientos sociales anteriores dentro de la propia historia capitalista, sino que también establecen su específica novedad y originalidad frente a la mucho más amplia familia de las diversas y variadas formas de la milenaria protesta social a la que hemos aludido antes. Porque 1968 no es solo el momento de inicio de la *crisis terminal* del capitalismo, sino también, en un registro aun más profundo, es el inicio de la crisis de toda *forma clasista* posible de organización de las sociedades humanas en general. Lo que implica que estos nuevos movimientos antisistémicos de los últimos tres o cuatro lustros —que lentamente comenzaron a gestarse y despuntar desde esa fecha crucial de

⁶ Sobre esta tesis, planteada por Immanuel Wallerstein, véase su interesante ensayo “Histoire et dilemmes des mouvements antisystémiques” en el libro *Le grand tumulte? Les mouvements sociaux dans l'économie-monde*, París, La Découverte, 1991.

1968—, son diferentes no solo de los anteriores movimientos anticapitalistas del período de 1789 a 1968, y ni siquiera solamente de los movimientos sociales de los últimos quinientos años, sino también y más allá de todas las formas de la protesta social que han acompañado, por siglos y milenios, a esas formas clasistas de la organización social.⁷

Nuevos movimientos antisistémicos, hijos directos de la revolución mundial de 1968, que van a definir entonces parte de sus perfiles esenciales, en contraposición a los movimientos antisistémicos todavía vigentes hasta esa misma fecha de finales de la década de 1960. Movimientos pre 68, que durante gran parte del siglo XIX y sobre todo durante el siglo XX, estuvieron reagrupados en torno de dos amplios subconjuntos globales, que eran las dos familias de los movimientos antisistémicos principales. De una parte, los movimientos *socialistas*, que se desarrollaron sobre todo en el centro y en la semiperiferia del sistema-mundo, y de otra parte, los movimientos de liberación nacional, que se desplegarán en lo fundamental dentro de los diversos países y naciones de la ancha periferia de este mismo sistema-mundo capitalista.

Dos familias de movimientos,⁸ en las que los movimientos socialistas impugnaban, centralmente, la relación capital-trabajo, es decir la relación de explotación económica del capital hacia el trabajo asalariado, mientras que los segundos, los movimientos de liberación nacional, van a cuestionar en cambio, fundamentalmente, las distintas formas de manifestación de la relación entre centro y periferia, es decir, entre las naciones centrales y las naciones periféricas. Con lo cual, mientras los movimientos socialistas lucharán explícitamente por la abolición del capital y de la sociedad capitalista, los movimientos de liberación nacional habrán de combatir *también* en contra de la dependencia económica de sus naciones respecto de las naciones centrales, o por la independencia política, cultural o social de sus respectivos países. Matiz importante de diferenciación entre ambas familias de movimientos, que no impedirá sin embargo el hecho de que, durante esa larga etapa que va desde 1789 hasta 1968, los movimientos de liberación nacional tiendan en muchos sentidos a *imitar* el modelo de los movimientos socialistas del centro.

Pues los movimientos socialistas del centro, al impugnar fundamentalmente la relación capital-trabajo, han declarado lógicamente que el *actor central* de los movimientos antisistémicos y de la lucha antisistémica era la clase obrera. Incluso, y en ocasiones, ese rol central se reducía todavía más y se afirmaba que le correspondía exclusivamente a la clase obrera industrial. Y es interesante observar que no se hablaba del “proletariado”, a pesar de la célebre

⁷ En nuestra opinión, esta es la razón por la cual dichos movimientos antisistémicos post 68 se empatan y coinciden con, por ejemplo, el proceso actual de la verdadera “muerte de la política” en tanto actividad humana en general, o también con el final histórico de la “democracia” delegativa y derivativa que conocimos en los últimos dos mil quinientos años, problemas que lamentablemente no podemos abordar aquí en profundidad. Al respecto véanse Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La ‘Otra Política’ de La Otra Campaña”, *Contrahistorias*, N° 6, México, 2006, y “Una otra democracia para el Programa Nacional de Lucha”, *Contrahistorias*, N° 10, 2008.

⁸ Sobre la caracterización más amplia de estas dos familias de movimientos antisistémicos, véase el ensayo de Immanuel Wallerstein, “Las nuevas rebeliones antisistémicas: ¿un movimiento de movimientos?”, *Contrahistorias*, N° 1, México, 2003.

consigna de la Primera Internacional que proclamaba “Proletarios de todos los países, ¡uníos!”, sino solamente de la clase obrera, y a veces exclusivamente de la clase obrera constituida por los obreros de cuello azul, es decir la clase obrera industrial.

Desde esta perspectiva, esa clase obrera era el pivote central del movimiento antisistémico, y cualquier otro grupo que desarrollara la lucha antisistémica era considerado, en el mejor de los casos, como un posible *aliado secundario*, y por ende como un actor social subordinado de este actor central que era la clase obrera. Entonces, y más allá de las diferencias claras entre las dos familias de movimientos, también podemos observar que, en esos mismos años de los siglos XIX y XX anteriores a 1968, los movimientos de liberación nacional han tendido recurrentemente a *copiar* este mismo esquema. Porque estos movimientos se autoproclamaban como los movimientos de la “nación oprimida” o en otros casos del “pueblo de la nación oprimida”, pero siempre también, aclarando de inmediato que sus luchas y su movimiento estaban *nucleados en torno* de la clase obrera, la que permanentemente era concebida como la obligada e imprescindible *vanguardia* de esos movimientos de liberación nacional, y de toda posible lucha de esos pueblos oprimidos o esas naciones dependientes, en contra de los países del centro del sistema-mundo capitalista.

De modo que, allende ciertos matices y diferencias evidentes, los movimientos de liberación nacional seguían los pasos y el modelo de los movimientos socialistas. Pues además de impugnar las relaciones de dependencia de todo orden de sus naciones periféricas frente a los centros del sistema, estos movimientos también luchaban a veces por el socialismo, y en cualquier caso, le otorgaban a sus respectivas clases obreras un protagonismo central dentro de la estructuración misma de los movimientos, y dentro de las diferentes luchas en contra tanto de los enemigos “externos” como también y eventualmente de los enemigos “internos”.

Otro rasgo importante de estos movimientos antisistémicos, tanto de los socialistas como de los de liberación nacional, es que estaban estructurados siempre a partir de organizaciones piramidales y jerárquicas, que habían introyectado una estructura y una lógica cuasimilitares sin cuestionarlas. Lo que se refleja de manera muy clara en las metáforas que se utilizaban entonces, al hablar del “ejército del proletariado”, o al calificar al Partido de la clase obrera como su “Estado Mayor”, o al exaltar la férrea disciplina de los militantes y su obediencia incondicional hacia los niveles superiores de la organización, o etcétera.

Metáforas de origen militar que se correspondían armónicamente con esas estructuras de las organizaciones, jerárquicas y

piramidales, pero también con una muy particular concepción de la relación que debía existir entre los “líderes” y las bases, concepción que implicaba que los líderes eran la parte activa, dominante, definitoria y depositaria del saber y de la claridad sobre el destino y sobre los derroteros del movimiento, mientras que las “bases”, conformadas por la inmensa mayoría de los militantes o de los participantes en el movimiento, eran la parte pasiva, puramente receptiva, dominada y externamente determinada en cuanto a sus tareas y responsabilidades, en virtud del falso supuesto de que eran carentes del saber y de la claridad que solo poseían dichos líderes. Concepción limitada y errónea de este vínculo entre bases y liderazgo, que no obstante fue característica y distintiva de todos estos movimientos antisistémicos pre 68.

Un tercer rasgo, de entre muchos otros que podríamos señalar, es que a estos movimientos antisistémicos anteriores a 1968 les ha correspondido, como complemento, el desarrollo de distintas variantes de una izquierda que, de manera abrumadoramente dominante, ha sido una izquierda más bien dogmática, manualasca, que ha funcionado también dentro de lógicas organizativas claramente autoritarias y jerárquicas, y que ha sido, en términos históricos, una izquierda fundamentalmente reformista y prosistémica.⁹ Hasta el punto, más que significativo, de que todas las revoluciones que pretendieron ser socialistas durante el siglo XX no se hicieron nunca gracias al apoyo o impulso, o dirección o trabajo de esas organizaciones de izquierda dominantes, sino más bien *a pesar* de ellas.

Así, como es bien sabido, la Revolución rusa se hace a pesar de la opinión en contra de prácticamente todos los partidos comunistas de la socialdemocracia europea, y de todo el marxismo reformista europeo, que planteó siempre que en un país atrasado económica y socialmente como lo era la Rusia zarista de finales del siglo XIX y principios del siglo XX cronológicos, era imposible desarrollar una verdadera revolución socialista. O también el caso de Cuba, en donde el movimiento guerrillero cubano triunfa, no gracias a, sino a pesar de la abierta oposición del Partido Comunista Cubano, triunfo que además involucra, entre otras de sus estrategias, un método que para aquellas épocas es considerado como algo absolutamente heterodoxo, y que es precisamente el de la guerrilla popular, que se instala y afirma primero en las montañas y en el campo, para solo después descender hacia las ciudades. O la Revolución en China, que se hace a pesar de la clara oposición de la Internacional Comunista, y más allá del apoyo que Rusia le dará, no a los maoístas sino al Kuomintang; es igualmente una revolución muy heterodoxa, que afirma que la revolución debe avanzar desde el campo hacia las ciudades y no al revés, como

⁹ Para el caso mexicano, esto puede ilustrarse claramente con el papel y la historia del Partido Comunista Mexicano, el que ha sido precisamente un partido dogmático, con una visión manualasca del marxismo, profundamente autoritario y jerárquico, y que en términos históricos cumplió un papel más bien reformista y completamente prosistémico. Tal y como lo caracterizó agudamente José Revueltas, en su brillante trabajo *Ensayo de un proletariado sin cabeza*, México, Era, 1983, y también en sus ensayos compilados como *Escritos políticos. El fracaso histórico del Partido Comunista en México*, tres tomos, México, Era, 1984.

era la tesis clásica y consagrada de los marxistas tradicionales, y planteando además toda una serie de profundas novedades que constituyen en mucho la originalidad de esa Revolución durante el período de la vida de Mao Tse Tung.

Tres rasgos son característicos de los movimientos antisistémicos pre 68, de una lista que podría prolongarse mucho más, que contrastan radicalmente con los rasgos propios de los movimientos post 68, que corresponderían a estas mismas realidades recién evocadas. Entonces, la primera diferencia fundamental es que esa relación entre centro y periferia, donde la segunda copia e imita el “modelo” planteado por el primero, va a *invertirse* claramente, para establecer una relación en la que los centros son ahora los que intentan seguir e imitar el modelo que hoy están desarrollando los movimientos antisistémicos de las periferias.

Inversión completa de la antigua relación, que no solo se conecta con el hecho de que actualmente los movimientos antisistémicos más avanzados se están desarrollando dentro de América Latina, es decir en la periferia del sistema, sino también con la profunda crisis y desestructuración que están viviendo las propias relaciones de esa organización jerárquica y desigual del sistema-mundo, de asignación y ubicación de las diferentes naciones dentro de esas relaciones de centralidad, de periferalización y de semiperiferalidad. Lo que en los últimos lustros se expresa entre otras formas, en esta inversión en la que la periferia, que antes copiaba el modelo de la lucha antisistémica del centro, ahora se convierte en el nuevo modelo que es imitado por dicho centro para el despliegue de sus propios combates antisistémicos específicos.

Radical inversión de las viejas relaciones, que solo se entiende si asumimos que después de 1968 el mundo ha entrado en la etapa de la verdadera *crisis terminal del capitalismo*. Pues a diferencia de quienes afirman que la etapa actual de la historia capitalista es la etapa de la “globalización”, o de la “mundialización”, o del etéreo y siempre indefinido “Imperio”, Immanuel Wallerstein va en cambio a postular que los años transcurridos desde ese quiebre fundamental de 1968-1972/1973, son más bien los de dicha crisis estructural o terminal del sistema capitalista mundial.¹⁰ Crisis global y civilización del entero orden social capitalista, que al comenzar a aflojar y desestructurar sus tradicionales estructuras de configuración planetaria divididas en centro, semiperiferia y periferia, crea también el espacio de este trastocamiento de papeles en cuanto a la función modélica de los actuales movimientos antisistémicos.

La naturaleza particular y las relaciones que guardan entre sí los distintos movimientos antisistémicos posteriores a 1968 se explican entonces en una medida importante por haberse desplega-

¹⁰ Sobre esta crisis *terminal* del capitalismo véanse de Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996, y también *La crisis estructural del capitalismo*, México, Ed. Contrahistorias, 2005. Para la crítica de las explicaciones simplistas del mundo actual, recién mencionadas véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el siglo XXI*, Barcelona, Ed. El Viejo Topo, 2005.

do dentro de esa etapa que Immanuel Wallerstein llama el “caos sistémico”, es decir, la etapa final del sistema histórico capitalista. Etapa de caos general del sistema capitalista que implica que ahora todo parezca “estar de cabeza”, lo que ha sido muy bien comprendido por parte de los neozapatistas mexicanos, que desde 1995 han afirmado contundentemente que el neoliberalismo es “la crisis misma hecha teoría y doctrina económica” o también que es “la teoría del caos moderno” para complementar afirmando que “en el panorama internacional, el caos es ya la forma que distingue al nuevo orden mundial”.¹¹

Por eso resulta difícil descifrar con claridad y coherentemente la lógica que hoy determina el funcionamiento de los gobiernos de México, o de América Latina, o de Estados Unidos, porque lo que ahora predomina es dicho caos sistémico, caracterizado por una situación de enorme confusión, en donde todas las estructuras estables colapsan, en donde todas las jerarquías se invierten, en donde todos los procesos se ponen de cabeza. Y una de las tantas expresiones de este caos es que ahora los modelos generales de las luchas antisistémicas fundamentales se están generando dentro de las periferias, para luego ser asimiladas, recuperadas e imitadas por parte de los movimientos antisistémicos de las naciones que ocupan las posiciones de centro del sistema.

Otra diferencia esencial entre los movimientos antisistémicos anteriores y posteriores a la simbólica fecha de 1968 es que los segundos ya no van a defender la *centralidad* obligada de una única y exclusiva clase social o actor social fundamental y estructurador de toda la lucha social en general. Pues si bien es claro que todavía la clase obrera sigue siendo fundamental en cualquier posible proyecto de transformación social global –y por ende, todavía “va al paraíso”, como afirmaba aquel brillante y agudo filme italiano–, es también evidente que ahora el abanico de los distintos actores sociales constitutivos de estos nuevos movimientos antisistémicos *incluye*, junto a esa clase obrera que aún va al paraíso, también a los campesinos, igual que a los indígenas, a los jóvenes, a las mujeres, a los homosexuales, y a todos esos grupos que los neozapatistas califican dentro del conjunto de los “cada quien su modo”. Lo que significa que después de 1968, el sujeto social o actor social de los movimientos antisistémicos se ha *multiplicado, pluralizado y diversificado*, para configurar un vasto espectro o arcoiris de sectores, clases y grupos subalternos, en donde ya nadie es aliado subordinado de nadie, y todos son igualmente importantes e igualmente fundamentales.

Y a tono con esta pluralización de los sujetos sociales de esos nuevos movimientos antisistémicos, se han multiplicado simultá-

¹¹ Sobre esta caracterización de los neozapatistas mexicanos, véanse los comunicados del Subcomandante Insurgente Marcos del 17 de marzo y del 29 de septiembre de 1995, ambos incluidos en *EZLN. Documentos y Comunicados*, t. 2, México, Era, 1995.

neamente las demandas de los mismos movimientos, dejando de luchar exclusivamente en los frentes económico y político, para abordar también ahora diversos combates en los frentes culturales, sociales, étnicos, del medio ambiente, de las relaciones de género, o hasta civilizatorios, entre otros varios. Así, después de 1968, y también conectado con el caos sistémico y con la condición terminal del capitalismo, pero igualmente con el hecho de que ahora vivimos en los *umbrales* de la posible abolición de toda forma concebible de organización clasista de las sociedades humanas, es que se han comenzado a desplegar estas diferentes luchas antisistémicas de carácter cultural, o en torno a la reivindicación de una determinada identidad, o los combates frontales en contra del racismo y de la discriminación racial, o la lucha en contra del machismo y de la estructura patriarcal de la familia, junto a las luchas por el reconocimiento a la diversidad sexual, entre muchas otras.¹²

Junto a las diferencias mencionadas, otro de los rasgos que caracterizan a los nuevos movimientos antisistémicos, en oposición a sus antecesores previos a la revolución de 1968, es el de haber negado radicalmente su antiguo carácter piramidal, jerárquico y cuasimilitar. Lo que explica entonces que las nuevas formas de organización de estos movimientos antisistémicos post 68 sean ahora formas mucho más *horizontales* y, en general, también mucho más laxas y desconcentradas. Lo que ha hecho proliferar las figuras de los “frentes amplios”, o la de las “confederaciones de movimientos”, o de las “coordinadoras en lucha” de organismos diferentes en torno de un combate común, o también la configuración bajo el esquema de la llamada “red de redes” o de un “movimiento de movimientos”, como lo ejemplifica precisamente el importante movimiento mexicano actual de La Otra Campaña.

Nuevas formas de organización de los movimientos antisistémicos actuales que también se expresan, lógicamente, en el plano de la relación entre los líderes y las bases. Pues ahora estos líderes han dejado de ser concebidos como los depositarios exclusivos del destino de los movimientos, para convertirse más bien en compañeros que, debido a su especial entrega y esfuerzo, son *encargados* de ciertas responsabilidades importantes del movimiento, o son sus *voceros*, o sus mediadores con el exterior, o sus coordinadores y responsables de ciertas tareas fundamentales, tal y como sucede muy claramente en las juntas de Buen Gobierno neozapatistas, y en el movimiento neozapatista mismo en general.

Mutación radical de la relación entre líderes y bases, que se expresa en la proliferación reciente, en el seno de estos nuevos movimientos antisistémicos, de nuevos liderazgos que ahora son liderazgos *colectivos*, y también, muchas veces, liderazgos rotati-

¹² Según Immanuel Wallerstein, uno de los méritos importantes de los neozapatistas consiste precisamente en haber reivindicado centralmente esta lucha plural llevada a cabo por múltiples actores sociales, y desplegada en todos los frentes de la realidad social. Al respecto, véase su ensayo “¿Qué es lo que los zapatistas han logrado?”, *Contrahistorias*, N° 10, México, 2008.

vos, desde una lógica distinta a la de los movimientos pre 68, en la que todos los militantes se consideran como iguales, y en donde el ejercicio de un cargo cualquiera no otorga superioridad alguna a quien lo ejerce, y en donde esos “líderes” son más bien parte de la base misma, y no están en ninguna cúpula extraña, creyéndose los detentores de todo el saber, e iluminados que con su enorme sabiduría y con su gran capacidad intelectual analizan la realidad nacional e internacional para crear el Programa Nacional de Lucha por sí mismos. Ya que como lo postulan ahora los compañeros neozapatistas, y con ellos todo el vasto movimiento mexicano de La Otra Campaña, en las circunstancias actuales los programas nacionales de lucha se crean “desde abajo y a la izquierda”, por parte de todos nosotros, y en un muy amplio ejercicio colectivo de reflexión, discusión, elaboración, análisis y decantamiento, que involucra directamente a todo ese vasto fundamento de la pirámide del movimiento, es decir a todas las “bases” del mismo.

En consonancia con todos estos cambios ya mencionados, también se han desarrollado las *nuevas izquierdas* post 68, que han dejado de ser solemnes, jerárquicas y parsimoniosas, por lo que ahora las nuevas izquierdas, en todo el mundo, son más bien mucho más festivas y gozosas, y tolerantes, y también absolutamente plurales, abiertas al otro, y completamente dialógicas. Izquierdas post 68 que al haber abandonado la antigua rigidez y dogmatismo y cerrazón de sus predecesoras pueden entonces inventar, recrear, repensar y también renovar radicalmente los discursos, y los símbolos, y los referentes, y los actores, y las estrategias,¹² y los métodos, y los caminos, y las tácticas mediante los cuales se afirman y despliegan estos nuevos movimientos antisistémicos más contemporáneos.

América Latina como frente de vanguardia de la actual lucha antisistémica mundial

Como es lógico, todos estos rasgos mencionados de los nuevos movimientos antisistémicos post 68 en el mundo van también a reproducirse en América Latina y en México. Lo que nos lleva a la necesaria pregunta ¿por qué le ha tocado ahora a nuestra América Latina esta función honrosa de ser el espacio civilizatorio en donde se han desarrollado, en los últimos tres o cuatro lustros, los movimientos antisistémicos *más avanzados* de todo el planeta? Y pienso que no es tan difícil aceptar que hoy América Latina constituye ese *frente de vanguardia de la lucha antisistémica mundial*, cuando observamos que aquí, dentro del semicontinente latinoamericano, tenemos por lo menos cinco movimientos antisistémicos tan comple-

¹³ Sobre este cambio de estrategias de los movimientos antisistémicos, véase el ensayo de Immanuel Wallerstein, “Estados Unidos, América Latina y el futuro de los movimientos antisistémicos”, *Contrahistorias*, N° 10, México, 2008.

jos, masivos, activos, innovadores y creativos que no parecen tener un equivalente ni dentro de Europa ni de Asia o África.¹⁴

Porque visto en términos de sus impactos sociales globales dentro de sus respectivas naciones, lo mismo que en relación a sus ecos internacionales, pero también en virtud de su enorme riqueza experimental en cuanto a la generación de los nuevos paradigmas mundiales de los modos y las formas generales de la actual protesta antisistémica, o de la creación de los claros embriones de lo que pueden ser los mundos nuevos y muy otros que el capitalista, en todos estos sentidos, parece ser evidente el mayor avance de estos movimientos antisistémicos latinoamericanos respecto de sus restantes homólogos de los otros rincones de la geografía del planeta Tierra.

Pues no es una simple casualidad esta clara concentración que se ha dado en los años recientes, dentro de los territorios y países de América Latina, de tantos y tan variados movimientos sociales fuertes, activos y protagónicos, que se han mostrado como capaces de tirar gobiernos y de derrocar gobernadores, presidentes, o longevos partidos en el poder, a la vez que ponen en jaque a las estructuras y a los personajes dominantes, a nivel local o regional, pero también y muchas veces a nivel de un país entero. Movimientos que al ser analizados desde la escala mundial llaman la atención no solo por esa enorme fuerza e impacto social, y por su presencia contundente dentro de la vida política y social de sus respectivas naciones, sino también por la riqueza, complejidad, diversidad y novedad profundas de sus acciones y de sus discursos principales.¹⁵ Cantidad, calidad y medida específica de estos nuevos movimientos sociales latinoamericanos, que sería necesario abordar y explicar con más profundidad.

Vasta familia de esos nuevos movimientos sociales de Latinoamérica, dentro de la cual destacan, en nuestra opinión, como movimientos genuina y claramente *antisistémicos*, cinco de ellos, que incluyen naturalmente al digno movimiento indígena neozapatista mexicano, junto al Movimiento de los Sin Tierra en Brasil (pensando en este caso, mucho más en las *bases* campesinas del movimiento, que en muchos de sus líderes actuales), al sector más radical y más “autonomista” de los piqueteros argentinos (lo que excluye sin duda a aquellos que han pactado y negociado con los dos Kirchner, antes con Néstor y ahora con Cristina), al movimiento indígena boliviano más consecuente y radical, es decir, por ejemplo, la gente de la comuna de la ciudad de El Alto en Bolivia, y *no* el tibio y acomodaticio Movimiento al Socialismo de Evo Morales, y también los movimientos indígenas más de izquierda dentro de la CONAIE en el Ecuador.

¹⁴ Sobre las múltiples razones, de larga duración, pero también coyunturales e inmediatas, que explican este rol actual de América Latina como *frente de vanguardia mundial* de los movimientos antisistémicos de todo el mundo, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América Latina en la encrucijada*, citado. También vale la pena ver la entrevista a Immanuel Wallerstein, “Chiapas y los nuevos movimientos antisistémicos de América Latina”, *Contrahistorias*, N° 5, México, 2005.

¹⁵ Sobre el carácter que presentan en general los movimientos antisistémicos en las zonas de la periferia del sistema capitalista, vale la pena releer el ensayo de Immanuel Wallerstein, “El CNA y Sudáfrica: pasado y presente de los movimientos de liberación en el sistema-mundo”, *Chiapas*, N° 7, México, 1999. Respecto de algunos de los rasgos generales que comparten estos nuevos movimientos antisistémicos de América Latina, véanse el ensayo de Raúl Zibechi, “Espacios, territorios y regiones: la creatividad social de los nuevos movimientos sociales en América Latina”, *Contrahistorias*, N° 5, México, 2005, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Los nuevos movimientos sociales en América Latina. Una breve radiografía general”, *Contrahistorias*, N° 9, 2007.

Y vale la pena volver a recordar la distinción planteada antes, entre lo que es solamente un movimiento social, y lo que es por otra parte un movimiento social *antisistémico*. Pues solo son movimientos antisistémicos en la actualidad, aquellos que se plantean de manera consciente y explícita eliminar de manera radical al sistema social capitalista hoy imperante, para sustituirlo por otro sistema social nuevo y completamente diferente. Por eso, consideramos que hoy en América Latina tenemos por lo menos y de manera muy clara a estos cinco movimientos mencionados como movimientos que sí son claramente antisistémicos y, además, como ya mencionamos, movimientos sociales muy potentes y desarrollados. Movimientos robustos y en ascenso, que no por casualidad se encuentran también en el origen de la gestación de la importante iniciativa de la organización de los hasta ahora ocho foros sociales mundiales, los que en su abrumadora mayoría han sido celebrados en tierras precisamente latinoamericanas.¹⁶

Movimientos que, como ya hemos referido, son capaces casi de dominar naciones y países enteros, cercando y enseñoreándose de ciudades en su totalidad, y haciéndose presentes, y presionando, y determinando, por ejemplo, la caída de regímenes de partido único que habían durado ya más de setenta años. Pues hoy parece ser ya claro que fue sobre todo gracias a la acción y a los efectos de la lucha del digno movimiento neozapatista, y a sus impactos generales sobre la sociedad mexicana y sobre la conciencia política y la conciencia general de todos los mexicanos, que el PRI perdió el poder en las elecciones mexicanas del año 2000. Derrota histórica del que entonces era el más viejo partido de Estado del mundo, que no es atribuible ni a Vicente Fox, ni tampoco al PRD, sino más bien a este importante movimiento neozapatista y a los múltiples y complejos impactos que desencadenó en México, luego de su saludable irrupción pública del 1 de enero de 1994.

Fuerza impresionante y efectos fundamentales de estos movimientos antisistémicos latinoamericanos recientes, que siendo entonces ese claro *frente de vanguardia antisistémico mundial*, nos plantean entonces la gran pregunta acerca de las razones principales de esta misma centralidad y este rol de avanzada de dichos movimientos. Tema vasto y complicado que es imposible agotar aquí, en la medida en la que su adecuada solución involucra tanto razones inmediatas, como también razones coyunturales, pero igualmente razones de verdadera larga duración, razones múltiples cuya compleja imbricación es parte de esa difícil explicación. Razones variadas y múltiples, de las cuales podemos mencionar, solo a modo de pistas, dos. Razones que en este caso, se inscriben ambas dentro de los registros específicos de la larga duración.

¹⁶ Immanuel Wallerstein ha insistido en el papel central generador que tuvo el movimiento neozapatista para todo el ciclo actual de luchas antisistémicas, incluyendo lo mismo a las manifestaciones de Seattle en 1999 y las posteriores en Génova o Praga, etc., que a esta iniciativa importante del Foro Social Mundial. Al respecto, véanse sus ensayos, "Los zapatistas: la segunda etapa", *Contrahistorias*, N° 5, México, 2005, y "Los dilemas de un espacio abierto: el futuro del Foro Social Mundial", en su libro *La crisis estructural del capitalismo*, México, Ed. Contrahistorias, 2005.

La primera alude al hecho de que América Latina, vista desde la historia larga del capitalismo, ha sido y es todavía la civilización que ha sido más explotada, más oprimida, más acosada y más saqueada de todo el planeta Tierra. Por esto, entre otras razones, hoy sigue siendo la zona del mundo en donde la *desigualdad social* es mayor que en ninguna otra parte. Pues dado que la dinámica capitalista produce, como uno de sus ineludibles frutos, una desigualdad social creciente, entonces es lógico que aquella parte del planeta que ha sufrido el saqueo y el despojo capitalista por más tiempo, sea también la zona en la cual dicha disparidad del ingreso social de sus distintos grupos y clases constitutivos presente las diferencias y distancias más marcadas de todos.

Pues ese mayor saqueo, acoso, explotación y represión se explican por el hecho conocido de que la historia *universal* del capitalismo ha comenzado precisamente aquí, con el mal llamado “Descubrimiento de América”, mediante el cual Europa conquistó y sometió a Latinoamérica, desde las lejanas fechas del siglo XVI cronológico, para construirla desde esos mismos lejanos tiempos como un espacio claramente *periférico y dependiente* de los centros, situación que se prolongará durante ya más de cinco siglos. Así que la dinámica del saqueo y el despojo capitalista se instauró en América Latina antes que en cualquier otra parte, provocando esta situación de una mayor polarización social y de una mayor desigualdad respecto de todas las restantes civilizaciones. Y aunque después vendrá el fallido y solo parcial dominio del Asia, o la conquista inglesa de la India en el siglo XVIII, y el descuartizamiento y reparto del África en el siglo XIX, permanecerá el hecho de que es el sometimiento de nuestra América Latina el que ha realmente inaugurado la construcción de la red del mercado mundial capitalista, y con ello, el proceso efectivo de la verdadera historia universal.

Pero junto a estos cinco siglos de opresión, de explotación, de vejación, de humillación y de discriminación tenemos también medio milenio de resistencia, de rebeldía, de lucha, y de intentar romper radicalmente estas estructuras de la dependencia económica y de la dependencia en general. Por eso, cuando el sistema capitalista como un todo entra en su etapa de crisis terminal y entonces empieza a desestructurarse en todos sus órdenes, y a colapsar en todo el conjunto de sus principales relaciones, en ese momento comienza a aflojarse también esta condición secular de la situación de dependencia de América Latina respecto de las zonas o países del centro del sistema.¹⁷ Y entonces, en este semicontinente, que fue el más explotado, y saqueado, y humillado y sometido de todo el globo terráqueo, prosperan también, como fruto acumulado de

¹⁷ Sobre este papel de América Latina en la historia capitalista, visto desde la larga duración, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, “América Latina hoje: um olhar na longa duração”, en el libro *América Latina: História e Presente*, San Pablo, Ed. Papirus, 2004.

medio milenio de resistencia y de lucha, estos nuevos y muy radicales movimientos antisistémicos latinoamericanos antes referidos.

Una segunda pista explicativa se vincula al hecho de que América Latina lleva más de cien años de estar padeciendo el dominio norteamericano. Pues Estados Unidos ha considerado a Latinoamérica, desde el siglo XIX y en términos reales, y tal y como lo expresó con nitidez la siniestra y premonitoria Doctrina Monroe, como su verdadero *traspatio*. Y es así que durante décadas y décadas nuestro semicontinente ha sido su mercado privilegiado, su almacén de materias primas, su proveedor de fuerza de trabajo barata, y hasta su lugar de turismo, de refugio o de retiro para los trabajadores jubilados. Lo que significa que la vasta América que se ubica al sur del Río Bravo ha estado oprimida durante más de un siglo por parte de los Estados Unidos.

Pero es claro que hace aproximadamente treinta y cinco o cuarenta años, después del quiebre histórico de 1968-1972/1973, Estados Unidos ha comenzado a *declinar* como potencia hegemónica del sistema capitalista mundial. Decadencia lenta pero sostenida y muy obvia de esta hegemonía norteamericana, que se hace evidente por primera vez cuando en 1975 Estados Unidos es derrotado por el heroico pueblo de Vietnam. Derrota histórica de gran significación, que comienza a redefinir el papel geopolítico norteamericano en el mundo, cambiando la anterior prepotencia indiscutida y definición exclusiva de esa geopolítica por parte de los gobiernos estadounidenses, por una nueva situación en la que Estados Unidos se ve obligado a consultar y consensuar el diseño geopolítico del mundo con las otras potencias ricas del planeta, como por ejemplo dentro del llamado G7 o G8, o en otra vertiente en el seno mismo de la ONU.

Declive lento pero continuado de dicha hegemonía norteamericana, que entre sus múltiples expresiones, conocerá también la del relativo aflojamiento del dominio de Estados Unidos sobre América Latina, y por ende la apertura de mayores espacios para intentar ciertos procesos diversos de liberación de esta última respecto de ese dominio secular del primero. Una liberación que en los últimos tiempos se ha expresado en el ascenso al poder de varios tibios gobiernos socialdemócratas, pretendidamente de izquierda, como el de Hugo Chávez en Venezuela, el de Evo Morales en Bolivia, los dos gobiernos de Lula en Brasil, el gobierno de Rafael Correa en Ecuador —o lo que hubiese sido el gobierno de Andrés Manuel López Obrador en México—, gobiernos que en nuestra opinión son solo uno de los efectos indirectos y colaterales de la cada vez más grande fuerza y presencia de los movimientos antisistémicos latinoamericanos, efectos o manifestaciones deformadas e indirectas

de esa protesta social que aumenta cada día, y que para nada satisfacen los profundos reclamos populares; son en realidad solo una especie de posible “válvula de escape” que las clases dominantes proponen para contener y desviar a ese mismo descontento popular. Pero que mirados desde una perspectiva histórica más amplia, pueden tal vez ser solo un eslabón o paso *intermedio* de transición hacia la cercana y futura conformación de verdaderos gobiernos populares, realmente de izquierda, y que el día de mañana gobernarán desde el principio de “Mandar obedeciendo”, y realmente apoyados y sostenidos en estos movimientos antisistémicos de toda América Latina.¹⁸

Nuevos movimientos anticapitalistas latinoamericanos que comparten una realidad fundamental, que los hermana y emparenta profundamente, más allá de sus claras peculiaridades y diferencias, y que es el hecho de que todos ellos no habrían podido ni existir ni afirmarse como lo han hecho en los últimos lustros, si hubiesen surgido en las condiciones propias a la etapa anterior al año de 1968. Pues vale la pena recordar que, por ejemplo, toda la izquierda mundial oficial e institucional condenó en general, en todas partes, a los diversos movimientos estudiantiles de 1968. Y esta condena provino casi unánimemente de prácticamente todos los partidos comunistas de aquella época, sin excepción.

De este modo, lo mismo el Partido Comunista Mexicano —que más tarde intentó sin éxito “montarse” en el movimiento y hasta dirigirlo— que el Partido Comunista Francés, y que casi todos los partidos comunistas del mundo condenaron a estos movimientos de 1968, bajo el argumento de que ellos eran desarrollados por los estudiantes, y que puesto que los estudiantes *no* producen plusvalía, entonces por más que se lo propongan, ellos no pueden atacar realmente y de manera decisiva al corazón del sistema, al no poder interrumpir de manera eficaz dicho proceso de valorización del valor y de la acumulación continuada del capital.

En cambio ahora, y en abierto contraste con estas posturas de la vieja izquierda pre 68, es interesante observar por ejemplo a los cinco movimientos antisistémicos que antes hemos mencionado, en donde se incluye al movimiento de unos campesinos brasileños que son los campesinos *Sin Tierra*. Pero entonces si ellos *no* tienen tierra, ¿cómo pueden afectar el mecanismo económico productivo dominante, y a esa producción constante de la plusvalía que es el motor central de todo el sistema? O también el caso de los piqueteros argentinos, que es un movimiento de los trabajadores *desocupados*, es decir de los *sin* trabajo. Pero, una vez más, ¿cómo podrían afectar a ese mecanismo económico productor de plusvalía, aquellos que ni siquiera tienen trabajo?

¹⁸ Sobre la caracterización más amplia de varios de los casos de los gobiernos aquí referidos, dentro de la situación general que hoy vive América Latina, véanse los trece ensayos de Immanuel Wallerstein incluidos en la sección titulada “América Latina en la crisis terminal del capitalismo” dentro de su libro *La crisis estructural del capitalismo*, Bogotá, Ed. Desde Abajo, 2007. También, el libro ya citado, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América latina en la encrucijada*.

Y sucede lo mismo con los movimientos indígenas que se han desarrollado recientemente en Bolivia, en Ecuador y en México. Porque todos estos movimientos, tal y como lo han planteado claramente los propios compañeros neozapatistas, son los movimientos de quienes han visto que se les ha regateado, durante siglos y décadas, y por parte de los poderes dominantes, tanto el reconocimiento como el verdadero ejercicio de su ciudadanía, o de sus derechos, y también de su cultura, y hasta de su identidad. Así que estos movimientos indígenas son los movimientos de los “sin” cultura, “sin” identidad, “sin” derechos y “sin” reconocimiento a su condición de ciudadanos, y a veces hasta los “sin” existencia legal, ya que a veces los niños indígenas morían sin haber sido siquiera registrados en el Registro Civil, con lo cual en ocasiones *no* han existido ni siquiera para las estadísticas generales de nuestros países de América Latina.

En este sentido, resulta curioso comprobar cómo, de una manera indirecta y quizá involuntaria pero muy evidente, la vieja izquierda pre 68 se ha hecho eco de esta negación de dichos movimientos indígenas. Pues para esta izquierda, los indígenas solo eran importantes en su específica condición de *campesinos*, pero nunca en su propia condición de *indígenas*.¹⁹ Entonces, no podían existir demandas en torno a la cultura o la identidad indígenas, ni luchas de reconocimiento a sus lenguas o a sus “usos y costumbres”, sino solamente demandas en cuanto a su ser o condición en tanto campesinos. Aunque, como ya hemos mencionado, en tanto que tales campesinos ellos podían ser, en el mejor de los casos, tan solo aliados secundarios de la clase obrera, y nada más.

Ahora, en cambio, todos estos movimientos, que son los de los *sin tierra, sin trabajo, sin derechos, sin ciudadanía, sin reconocimiento de su identidad*, solo se explican, una vez más, a partir de la tantas veces referida situación de la crisis *terminal* del capitalismo. Pues es esta última la que nos explica por qué hoy la protesta antisistémica ya no viene *solamente* de los centros, sino también de los *márgenes* del propio sistema. Pues al comenzar a desmoronarse por todas partes este sistema-mundo capitalista, y al plantearse con fuerza la pregunta acerca del nuevo sistema histórico que habrá muy pronto de reemplazarlo, las posibles respuestas se multiplican y comienzan a generarse dentro y fuera del sistema, y también desde todas sus partes internas constitutivas. Y entonces los directamente *excluidos* por la lógica de este sistema, los que en virtud de su propia dinámica global se quedan sin trabajo, o sin tierra, junto a aquellos que son excluidos por el sistema porque no encuentra la manera de integrarlos dentro del proyecto de la decadente modernidad dominante, como las dignas comunidades

¹⁹ Una notable excepción a esta regla son los interesantes trabajos de José Carlos Mariátegui, por ejemplo su conocido libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en *Obras completas*, vol. 2, Lima, Ed. Biblioteca Amauta, 1969.

indígenas de Chiapas, y de Bolivia o de Ecuador, son los nuevos sujetos sociales que hoy están protagonizando las también nuevas revueltas en contra del sistema, es decir estos nuevos movimientos antisistémicos tan activos y presentes dentro de toda la geografía de nuestra América Latina.

Pues lo que reivindican y defienden todos estos movimientos es una modernidad *anticapitalista*, y también *poscapitalista*. Porque al haber sido excluidos de las lógicas de reproducción de esa modernidad capitalista, solo podrán afirmar su identidad en general y hasta su propio ser, afirmando *otra* modernidad, la que tendrá que ubicarse necesariamente fuera y más allá del sistema ahora vigente. Lo que se hace evidente en el caso de los movimientos indígenas recién citados, los que a lo largo de cinco siglos han logrado hasta hoy y de una manera exitosa desarrollar *su* propio proyecto de modernidad, la que ha sido necesariamente, primero, una modernidad de *resistencia*, y que en los últimos treinta años se ha ido volviendo claramente una modernidad que, siendo todavía una estructura y espacio de esa misma resistencia secular, es también una modernidad ahora *alternativa* al propio capitalismo.

En contra de ciertas visiones a veces ingenuamente repetidas, es importante enfatizar el hecho de que los indígenas mexicanos, y bolivianos, y ecuatorianos, y de toda América Latina, no son indígenas premodernos, ni arcaicos, ni son tampoco “resabios” de un determinado pasado precapitalista, sino que son indígenas, y campesinos, y miembros de los diversos países latinoamericanos, que se han vuelto modernos *a su manera*, dentro de su muy singular y específica vía, por sus propios y exclusivos caminos, es decir a través del desarrollo de una singular modernidad suya, la que ha sido durante medio milenio una modernidad de resistencia a la modernidad barroca latinoamericana que ha sido dominante en nuestro semicontinente, durante los últimos quinientos años transcurridos.²⁰

Esta mutación, de una transecular modernidad de resistencia a otra modernidad *alternativa* al propio capitalismo, se despliega después de esa simbólica fecha que es la de 1968. Pues todas esas poblaciones indígenas, que durante medio milenio han sido ignoradas, marginadas, silenciadas y excluidas de distintas formas de los procesos esenciales de la reproducción de la modernidad capitalista dominante, asumen ahora radicalmente las implicaciones de esa permanente exclusión, para reivindicar entonces no una falsa y empobrecida “integración” a esta modernidad capitalista hoy en crisis, sino más bien la construcción de una alternativa social diferente y muy otra, de una modernidad anticapitalista radical. Y ello, junto a los otros grupos también excluidos por el capitalismo

²⁰ Sobre la caracterización de esta modernidad barroca latinoamericana, fruto del mestizaje cultural posterior a la conquista española, véase Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998. Sobre la modernidad indígena de resistencia, luego transformada en modernidad alternativa al capitalismo, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, antes ya citado.

de América Latina, como los desempleados y los campesinos sin tierra.

En esta línea, llama la atención el hecho de que esta *condición de exclusión* de las lógicas centrales de la reproducción capitalista empieza a ser algo que también en los países ricos y más capitalistas del centro del sistema, se vuelve el soporte y el espacio principal de las nuevas rebeliones antisistémicas en curso. Y una vez más, en este rubro también, parecería que los países centrales vuelven a imitar el modelo marcado por los países periféricos. Ya que quienes están protagonizando las más importantes protestas sociales recientes en Estados Unidos son justamente los migrantes, es decir aquellos que son privados de derechos, de ciudadanía, de trato igual y de iguales oportunidades laborales y sociales en general. El movimiento de los migrantes, tanto mexicanos como de toda América Latina, que sufren la exclusión de su derecho a la educación, o de su derecho al voto, o de sus derechos sindicales de asociación y de protesta, o de su derecho de expresión, entre muchos otros, es el movimiento que ha desarrollado las revueltas sociales más importantes dentro de Estados Unidos en los últimos tiempos. Y lo mismo sucede por ejemplo en Francia, en donde los excluidos sociales de los suburbios parisinos, excluidos por criterios pura y escandalosamente racistas, vinculados a su origen o a su condición étnica árabe, o turca, o argelina o senegalesa, o etc., son los que van a desarrollar ahora las nuevas formas de la protesta antisistémica dentro de Francia, e incluso, probablemente y dentro de poco tiempo, dentro de toda Europa.

Sobre la originalidad e importancia mundial del neozapatismo mexicano

Por último, es importante preguntarse también las razones que explican el hecho de que, dentro de la vasta y muy compleja y diversa familia de los movimientos antisistémicos de todo el mundo, el neozapatismo mexicano haya logrado tener un verdadero y notable *impacto mundial*, el que no solo se desplegó de inmediato a todo lo largo y ancho de nuestro pequeño planeta Tierra, sino que además se ha consolidado y mantenido a lo largo de los hasta ahora quince años de vida pública de este mismo neozapatismo, para conformarse como una amplia e importante *red mundial de solidaridad* con este digno movimiento indígena de las montañas del sureste mexicano.

Y ello, no solamente en el sentido limitado de la atención permanente de esta red mundial hacia los logros, los sucesos, las

peripecias y los avances de la lucha neozapatista, ni tampoco exclusivamente del desarrollo de acciones explícitas de apoyo a esta causa importante, o de protesta frente a los acosos y represiones que la misma ha sufrido, sino también y en términos más vastos en el sentido de considerar a esa experiencia neozapatista como una verdadera *fuentes de inspiración y de lecciones fundamentales* para el desarrollo de las propias luchas locales y nacionales de cada uno de los miembros de esa ancha red mundial de apoyo al movimiento.

Pues a tres lustros de su saludable irrupción, ahora es más claro que esta experiencia neozapatista posee claramente un valor de *vigencia universal* para todos esos movimientos antisistémicos del mundo, los que no por casualidad, primero discuten, estudian, observan y analizan dicha experiencia y las lecciones esenciales que la misma conlleva, para después y en un segundo momento, tratar de recrear y replicar, de maneras distintas y con sus propias singularidades, a esas mismas lecciones y enseñanzas de este digno neozapatismo de los indígenas mexicanos.

Por eso, y a partir de este impacto planetario y de esta honda influencia global del movimiento neozapatista,²¹ que ha llevado a Immanuel Wallerstein a afirmar que el actual ciclo de la protesta antisistémica mundial dentro del cual ahora mismo estamos todos inmersos, comenzó precisamente ese 1 de enero de 1994 en Chiapas, es posible precisar todavía más la periodización antes propuesta respecto de la historia reciente de los movimientos antisistémicos del mundo en su conjunto. Pues si es claro, como hemos ya desarrollado, que la revolución cultural mundial de 1968 representó una quiebre de larga duración en esa historia de las luchas antisistémicas planetarias, también es evidente que dicho quiebre no se realizó de una manera súbita e intempestiva sino, como todo proceso social complejo, de una manera difícil, accidentada, con avances y retrocesos y llena de vicisitudes complicadas.

Lo que nos permite entender que esa etapa que corre desde 1968 hasta hoy, puede entonces ser subdividida en dos subetapas distintas, cuando observamos, nuevamente, el conjunto amplio de toda la familia mundial de los movimientos antisistémicos de los últimos cuarenta años. Ya que cuando hablamos del corte estructural simbolizado en ese año de 1968, no pretendemos, simplemente, que los viejos movimientos antisistémicos poseían un carácter determinado hasta el último mes o día de 1967, mientras que a partir del primero de enero de 1968 adquirieron ya, completa y perfectamente, el carácter de nuevos y totalmente diversos movimientos antisistémicos post 68. Porque procesos de este tipo, son procesos que solo se cumplen y despliegan lenta y accidentadamente, durante varios años y a veces varios lustros.

²¹ Sobre este impacto mundial del neozapatismo mexicano, y sobre sus prolongadas y profundas influencias sobre todos los movimientos antisistémicos del planeta, que nos sea permitido remitir una vez más al conjunto de ensayos incluidos en Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Chiapas, planeta Tierra*, ya anteriormente citado.

Más bien, es posible postular que hay una primera subetapa que sería una clara *etapa de transición* de estos movimientos antisistémicos, en México, en América Latina y en todo el mundo, y que abarcaría desde aproximadamente 1968 hasta esos comienzos de 1994. Y entonces, y como en toda época o proceso de transición, también en esta historia de los movimientos antisistémicos planetarios, van a mezclarse los rasgos y los elementos de los viejos y de los nuevos movimientos, en la medida en que poco a poco e irremisiblemente van decayendo esos viejos movimientos antisistémicos anteriores a 1968, y con ellos, comienzan también a colapsar las viejas organizaciones de izquierda que han acompañado y que son correspondientes a estos movimientos, a la vez que lenta pero sostenidamente, van a ir emergiendo simultáneamente los nuevos movimientos antisistémicos y junto a ellos las nuevas izquierdas post 68.

Algo que en México se ha manifestado de manera muy clara, cuando hemos asistido al proceso mediante el cual los viejos movimientos obreros han empezado a colapsar y a declinar, precisamente después de esa fecha importante de 1968, al mismo tiempo en que se esbozan los esfuerzos por la construcción de un nuevo y diferente movimiento obrero, que de un lado derivarán, lamentablemente, tan solo en la constitución de un nuevo charrismo sindical o neocharrismo, pero que del otro gestarán también a un cierto movimiento obrero independiente, realmente de izquierda y socialista, que con múltiples avatares se mantendrá hasta nuestros días.

Y ello, junto a diferentes procesos en los que también se relanza a un movimiento campesino igualmente renovado y diverso, que coexiste con la aparición y primer desarrollo realmente orgánico de un amplio aunque más bien difuso movimiento feminista, y sobre todo de una creciente y cada vez más omnipresente sensibilidad feminista, junto a la irrupción de potentes y también nuevos movimientos urbano-populares, o también movimientos estudiantiles, que crecen y avanzan a pasos acelerados, afirmando claramente un nuevo protagonismo social inédito hasta antes de esos años que rodean al 1968 tantas veces referido.²² Pero también, y junto a todos estos nuevos movimientos sociales recién mencionados, va a afirmarse en México la presencia de un importante movimiento indígena, el que en 1974, y todavía dentro de las secuelas inmediatas del 1968 mexicano, va a celebrar, justamente en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, su Primer Congreso Nacional.

Al mismo tiempo, y acompañando lógicamente a esta renovación general de todos los movimientos sociales de protesta en México, va a desarrollarse también esa etapa de transición de la izquierda mexicana en la que veremos convivir a las organizaciones de la

²² Sobre algunos de estos efectos importantes del 68 mexicano, para la historia posterior de México, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, "1968: la gran ruptura", incluido en *Para comprender el siglo XXI*, antes ya citado.

vieja izquierda, con los grupos y tendencias de las múltiples nuevas izquierdas. Convivencia compleja, dentro de un proceso en el que, por ejemplo, el viejo Partido Comunista Mexicano se transforma varias veces, en la línea de ir perdiendo cada vez más sus supuestos perfiles socialistas, para terminar integrándose como una supuesta “ala izquierda” interna del también cada día más desteñido y oportunista Partido de la Revolución Democrática. Y esto, junto al florecimiento de todo tipo de maoísmos, trotskismos, anarquismos y posiciones libertarias diversas, a través de las cuales se expresan justamente esas nuevas izquierdas en vías de gestación.

Etapa de transición cuyo final, no solo en México sino en el planeta entero, podemos ubicarlo con bastante claridad a partir de ese emblemático y fundamental primero de enero de 1994, el que una vez más tiene carácter de fecha simbólica, y no de fecha literal o cronológica. Pues a partir de ese comienzo mismo de enero de 1994, arranca ese ciclo mundial de la protesta antisistémica dentro del cual *estamos viviendo ahora mismo*, ciclo que responde de manera contundente a los efímeros efectos negativos que provocó la caída del Muro de Berlín de 1989, y que después de Chiapas va a manifestarse sucesivamente en Seattle, en Génova, en Praga, en Porto Alegre, y desde ahí, otra vez, en prácticamente toda la vasta geografía de nuestro pequeño planeta Tierra.

Con lo cual, es importante subrayar el hecho de que ha sido precisamente este digno movimiento indígena neozapatista, el que en un primer momento le ha *devuelto la verdadera esperanza a toda la izquierda mundial*, y también a todos los movimientos antisistémicos del planeta, después de la desilusión y la confusión que provocaron, en un sector importante de esta izquierda y de estos movimientos, esos acontecimientos importantes del 8 y el 9 de noviembre de 1989 en Berlín. Reinstalación de la esperanza a nivel planetario, que sin duda debe considerarse como uno de los muchos elementos que explican ese impacto mundial y esa honda vigencia universal del neozapatismo mexicano sobre los movimientos antisistémicos en general.

De otra parte, hoy parece ser claro también que ha sido gracias a los neozapatistas, y en particular a su irrupción pública del 1 de enero de 1994, que los movimientos indígenas de toda América Latina han adquirido una *visibilidad* y un *protagonismo general* que no tenían antes de esa fecha mencionada. Porque al atraer la atención mundial, de un modo inteligente y radical, pero también dramático, sobre la secular y persistente *exclusión social de los indígenas* dentro de la historia y dentro de la situación actual de México, los neozapatistas abrieron igualmente el espacio general para la percepción clara de esa misma exclusión social en todo nuestro semi-

continente latinoamericano, abriendo con ello el espacio para una mucho mayor afirmación y visibilización de todos esos movimientos indígenas de América Latina.

Pues es claro que esos movimientos han existido, como el movimiento indígena mexicano, desde hace quinientos años, lo mismo en Ecuador, Bolivia o Perú, que en Colombia o Guatemala, por mencionar solamente algunos de ellos. Pero también es cierto que todos esos movimientos van a mutar profundamente su rol dentro de sus respectivos países a partir de esa fecha simbólica de 1994, pasando de una actitud más bien defensiva y de una condición de enorme invisibilización, hacia una postura mucho más *protagónica* y *ofensiva*, que no solo incrementa considerablemente su presencia y su visibilidad social, sino que también los reubica en el centro mismo de la nueva y más reciente protesta social en general. Y todo esto, otra vez y en cierta medida importante, gracias a esa benéfica y saludable irrupción del movimiento neozapatista de comienzos de enero de 1994. Relanzamiento importante y cambio del rol de todas las luchas indígenas de América Latina, que son también otra de las razones esenciales de este impacto mundial y esta vigencia universal del neozapatismo mexicano.

Aunque es claro que los grados de crecimiento y de capacidad de acción que hoy presentan esos diversos movimientos indígenas latinoamericanos no son ni mucho menos homogéneos, siendo distintos, por ejemplo en Chiapas que en Guatemala, o también en Ecuador que en Colombia, y eso a pesar de las proximidades geográficas de esas regiones y esos países mencionados. Lo que, obviamente, se debe a las distintas circunstancias históricas del desarrollo de cada nación, en donde, por ejemplo, los movimientos indígenas de Guatemala sufrieron una represión y ataque constantes durante las varias décadas de las dictaduras y los gobiernos militares, represión que arrasó seriamente al movimiento indígena guatemalteco, y que en cambio no estuvo presente en el caso de los indígenas mexicanos.

O también el caso de Colombia, en donde al hecho de la presencia demográfica más minoritaria de la población indígena colombiana, sumada a la difícil política desarrollada por el derechista y autoritario gobierno de Álvaro Uribe, y también a las varias décadas de una guerra permanente en contra de los movimientos campesinos, configuran un escenario complicado que reduce los márgenes de acción y de influencia del, a pesar de todo, bastante organizado y avanzado movimiento indígena colombiano. El que, entonces, contrasta con su homólogo ecuatoriano, que existiendo en esa nación contigua a Colombia, posee en cambio una centralidad y una presencia muchísimo mayores en su propio país.

Finalmente, vale la pena señalar también que dentro de México, fue igualmente gracias al neozapatismo que todos los movimientos sociales en general comenzaron a reactivarse, precisamente después de ese año importante de 1994. Pues fue este levantamiento indígena chiapaneco el que, en unos pocos años, incitó a la fundación del Congreso Nacional Indígena, creando así una instancia de coordinación y de encuentro de todos los movimientos indígenas del territorio mexicano. Y lo mismo sucedió con el movimiento estudiantil, el que al reactivarse desde la construcción de las brigadas de trabajo y las caravanas de solidaridad que viajaban a Chiapas todo el tiempo desde ese año de 1994, logró rearticularse y sostener, por ejemplo, la larga huelga de casi un año de la Universidad Nacional Autónoma de México, huelga que solo pudo ser terminada mediante una brutal represión policiaca en febrero del año 2000.

Y lo mismo sucedió con todos los demás movimientos sociales mexicanos, los que al igual que los indígenas o los estudiantes, encontraron después de 1994, y gracias a los espacios conquistados por esa protesta neozapatista, las condiciones propicias para afirmarse y fortalecerse, como nuevos movimientos obreros, o urbanos populares, o campesinos, o de deudores, o de jubilados y pensionados, o de afirmación del respeto a la diversidad sexual, o en defensa de la tierra y el territorio, o por la autonomía y el autogobierno de las comunidades, o en contra de un gobernador tirano, o de otro gobernador pederasta, entre muchos otros. Nuevos y renovados movimientos sociales que hoy configuran el espectro de las múltiples luchas del pueblo mexicano, en Oaxaca, en Chiapas, en Guerrero, en la ciudad de México, en Puebla, y en todo el país, y que habiéndose reanimado enormemente después de ese emblemático primero de enero de 1994, conforman hoy, y no casualmente, el cuerpo fundamental de lo que es ese creciente y cada día más relevante movimiento nacional mexicano de La Otra Campaña.²³

Movimiento de La Otra Campaña, que si en México es hoy, sin duda alguna, el más importante movimiento social antisistémico del país, es también y en muchos sentidos una suerte de posible “modelo a seguir” para los movimientos antisistémicos de otras naciones, e igualmente para la iniciativa global concentrada en los foros sociales mundiales. Pues pensamos que es válido postular la tesis de que ese Foro Social Mundial podría tal vez salir de su actual y complicado *impasse* si adoptara parte de las lecciones de esta Otra Campaña neozapatista. Pues, ¿no sería muy interesante que una comisión de ese Foro recorriera el mundo entero, solo para *escuchar* las experiencias, las demandas, los puntos de vista, los reclamos y las concepciones de absolutamente todos los movimientos antisistémicos de nuestro pequeño planeta Tierra? Y que

²³ Sobre este importante movimiento de La Otra Campaña, véase el ensayo de Immanuel Wallerstein, “La Otra Campaña en perspectiva histórica”, y también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Ir a contracorriente: el sentido de La Otra Campaña”, ambos en la revista *Contrahistorias*, N° 6, México, 2006.

sobre la base de ese recorrido, comenzara a tender puentes prácticos entre experiencias similares, conectando luchas campesinas de todos lados, movimientos obreros de todos los rincones, experiencias de lucha de todo tipo de minorías sociales, luchas urbanas populares de todo tipo de ciudades y urbes, balances y logros de todos los movimientos indígenas posibles, o grupos y movimientos estudiantiles y de jóvenes de todo el mundo. Y todo ello, para crear múltiples redes mundiales de resistencia, y luego una vasta red de redes de la lucha antisistémica mundial. Red de redes de las luchas, y de las experiencias, y de los balances positivos y negativos de todos estos movimientos antisistémicos, que después podría plantearse la construcción, desde abajo y a la izquierda, de un verdadero Programa Mundial de Lucha Anticapitalista, no impuesto desde arriba ni creado o concebido por ninguna minoría de iluminados o de líderes autonombrados de cualquier tipo, sino gestado lentamente por las propias bases de esos movimientos, desde sus demandas concretas, desde sus experiencias de lucha particulares, desde sus descubrimientos y percepciones derivados de sus distintos combates, y sintetizados desde ese horizonte y vocación de reunirse todos en esas redes específicas primero, y luego en esa red de redes universal.

Lecciones entonces importantes de esta experiencia neozapatista de La Otra Campaña, generalizables a nivel mundial, quizá en una eventual práctica futura del Foro Social Mundial, que también son posibles de reproducir, en escala local, en cada una de las distintas naciones de todo el planeta. Pues es algo universal, ahora, esa necesidad de escuchar nuevamente a las bases de los movimientos, devolviéndoles el protagonismo directo, a la vez que se impone esa exigencia de construir todas las decisiones y definiciones esenciales concernientes al destino global del movimiento, desde abajo y a la izquierda, es decir desde esas mismas bases y en una perspectiva siempre anticapitalista y emancipatoria. Lo que, una vez más, es tal vez otro de los elementos que explican esa influencia mundial y esa validez universal de la experiencia neozapatista mexicana.

¿Por qué entonces el neozapatismo ha tenido este impacto *mundial*? ¿Y por qué sus lecciones tienen muchas veces un valor *universal*? En parte, consideramos nosotros, por las tres series de razones recién aludidas, pero también por muchas otras causas y elementos que hace falta continuar investigando mucho más y todavía en el inmediato futuro.

Para concluir, vale la pena recordar una entrevista que Manuel Vázquez Montalbán le hizo en 1999 al Subcomandante Marcos, y en la que al preguntarle sobre lo que en esencia era la rebelión neozapa-

patista, y cómo sería vista en el futuro, Marcos respondió: “Bueno, vamos a ganar, de eso no hay duda”. A lo que Vázquez Montalbán le replica: “¿Ganar del todo? Entre el todo y la nada queda un territorio”. Y Marcos insiste y aclara: “No, ganar quiere decir ganar, porque aunque perdamos ganamos”.²⁴ Se trata, como es obvio, de uno más de los muchos y recurrentes oximorones a los que son tan afectos los compañeros neozapatistas mexicanos, de esos oximorones que son ejemplo magistral de una visión realmente crítica y profundamente dialéctica de esta absurda e irracional realidad capitalista en la que todavía vivimos. Pues frente al caos lógico de la racionalidad burguesa todavía imperante, el razonar a través del oxímoron es claramente una forma de cuestionar y trascender, crítica y dialécticamente, a esa misma racionalidad decadente.

“Aunque perdamos, ganamos”, lo que en mi personal interpretación bien podría significar que la envergadura de los logros hasta ahora conquistados por este neozapatismo, es ya de tal magnitud que, más allá de su posible destino futuro, los neozapatistas han vencido ya, cuando ubicamos y pensamos su experiencia y sus lecciones tanto en términos histórico universales, como también desde la óptica de la verdadera larga duración histórica. Pues si sumamos el hecho de que el neozapatismo le ha devuelto la esperanza al mundo entero, y a todos los movimientos antisistémicos del pequeño planeta Tierra, junto a la situación de que ese mismo neozapatismo ha logrado hacer mucho más visibles y ha impulsado el protagonismo fundamental reciente de todos los movimientos indígenas y también de todos los nuevos movimientos antisistémicos en América Latina —los que en su conjunto conforman a ese frente de vanguardia de la lucha antisistémica mundial del que ya hemos hablado antes—, y le agregamos que también esta experiencia neozapatista es la que centralmente le ha permitido volver a retomar la ofensiva a todos los movimientos sociales de la nación mexicana, los que ahora se reagrupan bajo la gran iniciativa de La Otra Campaña, si sumamos todos estos elementos, podemos tal vez pensar que, más allá de cual pueda ser el futuro inmediato, e incluso el futuro mediano de este movimiento neozapatista, y aunque pueda pasar lo que pueda pasar más adelante, en este sentido y sin duda alguna, ya hemos ganado. Por eso, aunque perdamos, sin duda alguna ganamos.

Ciudad de México, 7 de mayo de 2008.

(Evaluado el 10 de mayo de 2009.)

²⁴ Sobre este diálogo, véase el libro de esta entrevista al Subcomandante Marcos, Manuel Vázquez Montalbán, *Marcos: el señor de los espejos*, Madrid, Ed. Aguilar, 1999, pp. 185-186.

Autor

Carlos Antonio Aguirre Rojas. Licenciado en Economía, master en Historia Económica y doctor en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Postdoctorado en Historia en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

Investigador titular en el Instituto de Investigaciones Sociales, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Libros recientes:

Ameryka Lacinska na rozdrozu (América Latina en la encrucijada), Varsovia, Le Monde Diplomatique Edición Polonia, 2008; *L'Amérique Latine en rébellion*, París, Ed. L'Harmattan, 2008; *América Latina en la encrucijada*, 4ª ed., México, Ed. Contrahistorias, 2007, (3ª ed., Rosario, Ed. Prohistoria, 2006).

Istoriografiya b 20 beke (La historiografía en el siglo xx), Moscú, Ed. Krugh, 2008 (en español: *La historiografía en el siglo xx. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?*, Barcelona, Montesinos, 2004).

Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano, 3ª ed., Bogotá, Ed. Desde Abajo, 2008 (2ª ed., México, Ed. Contrahistorias).

Cómo citar este artículo:

Aguirre Rojas, C. A., "Planeta Tierra: los movimientos antisistémicos hoy", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, N° 16, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2009, pp. 53-83.

MATERIAL DE DIFUSIÓN